

“El que se enaltece será humillado”

Introducción

Aunque pueda parecer una cuestión redundante a veces los cristianos tenemos que preguntarnos a qué se debe nuestra necesidad de Dios; para qué necesitamos Dios. Podemos actuar como si opinásemos que es simplemente un juez que dictamina lo que está bien y lo que está mal y por ello que con nuestras propias fuerzas podemos llegar a la salvación. O podemos reflexionar sobre la necesidad viva de su Gracia paternal que nos purifica y nos perdona, regenerándonos y dándonos una nueva vida. Si pensamos la primera opción nos situaremos frente a Él como el fariseo que rinde cuenta de sus virtudes, tranquilo y orgulloso por ser todas ellas excelentes. Si vivimos la segunda dejaremos nuestra vida abierta al silencio sanador de su persona como el publicano, y esperaremos que su acción en nuestro silencio nos justifique y llene de sentido.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 35, 15b-17. 20-22a

El Señor es un Dios justo que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Salmo

Sal 33, 2-3 17-18. 19 y 23 R. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca, mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R. El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R. El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 4, 6-8. 16-18

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí ante el tribunal, todos me abandonaron y nadie me asistió. –Que Dios los perdone–. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. El me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según San Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás: –Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.

Comentario bíblico

Iª Lectura: Eclesiástico (35,12-14.16-18): El culto que agrada a Dios

El texto del Eclesiástico, o Sirácida, se enmarca originariamente en la descripción de la verdadera religión. Se pretende poner de manifiesto la relación estrecha que debe haber entre el culto y la vida moral. Por ello aparece, por una parte, la relación entre justicia y plegaria; de ahí que en primer lugar se hable de la rectitud y la justicia del Señor que se preocupa de los pobres y los débiles, de los humildes e indefensos. Y es después cuando se ensalza la plegaria perseverante de quien se siente pobre delante de Dios, de quien necesita de Él por encima de todas las cosas. Pero ¿hay alguien que no necesita de su misericordia y bondad? Dios no tiene preferencias de personas, aunque se preocupe especialmente de los indefensos, y el culto que le agrada debe estar en sintonía con la voluntad sincera de conversión.

IIª Lectura: IIª Timoteo (4,6-8.16-18): La victoria del evangelio

II.1. Leemos el texto de la IIª Timoteo en que el autor, como si fuera el mismo Pablo, se nos presenta en los últimos días de su vida, antes del martirio, sintiéndose abandonado de casi todos, pero no está solo: el Señor le acompaña. Es uno de los textos más elocuentes y bellos del epistolario paulino. La tradición es segura en cuanto al martirio del Apóstol de los gentiles, y aquí es descrita como una experiencia martirial. Es como un examen de conciencia evangélico lo que podemos escuchar y meditar en este domingo, que se proyecta elocuentemente en una dimensión sacramental de la vida cristiana, que debe ser una vida verdaderamente apostólica.

II.2. Con metáforas e imágenes desbordantes se habla de la muerte como la victoria del evangelio. Se percibe claramente que la muerte del Apóstol no es el final; como tampoco es para nosotros nuestra muerte. Su vida ha sido como una carrera larga, competitiva, por una corona, la de la justicia, que Dios otorga a los que se mantienen fieles. Por otra parte, los elementos autobiográficos de que se encuentra abandonado y en disposición de ser juzgado, son también parte de esa lucha hasta el final de quien ha hecho una opción por el evangelio con todas sus consecuencias.

No le preocupa su autodefensa, sino que el evangelio sea conocido en todas partes.

Evangelio: Lucas (18,9-14): La verdadera religión según Jesús

III.1. El texto del evangelio es una de esas piezas maestras que Lucas nos ofrece en su obra. Es bien conocida por todos esta narración ejemplar (no es propiamente una parábola) del fariseo y el publicano que subieron al templo a orar. No olvidemos el v. 9, muy probablemente obra del redactor, Lucas, para poder entender esta narración: “aquellos que se consideran justos y desprecian a los demás”. Los dos polos de la narración son muy opuestos: un fariseo y un publicano. Es un ejemplo típico de estas narraciones ejemplares en las que se usan dos personajes: el modelo y el anti-modelo. Uno es un ejemplo de religiosidad judía y el otro un ejemplo de perversión para la tradiciones religiosas de su pueblo, sencillamente porque ejerce una de las profesiones malditas de la religión de Israel (colector de impuestos) y se “veía obligado” a tratar con paganos. Es verdad que era un oficio voluntario, pero no por ello perverso. Las actitudes de esta narración “intencionada” saltan a la vista: el fariseo está “de pie” orando; el publicano, alejado, humillado hasta el punto de no atreverse a levantar sus ojos. El fariseo invoca a Dios y da gracias de cómo es; el publicano invoca a Dios y pide misericordia y piedad. El escenario, pues, y la semiótica de los signos y actitudes están a la vista de todos.

III.2. Lo que para Lucas proclama Jesús delante de los que le escuchan es tan revolucionario que necesariamente debía llevarle a la muerte y, sin embargo, hasta un niño estaría de parte de Jesús, porque no es razonable que el fariseo “excomulgue” a su compañero de plegaria. Pero la ceguera religiosa es a veces tan dura, que lo bueno es siempre malo para algunos y lo malo es siempre bueno. Lo bueno es lo que ellos hacen; lo malo lo que hacen los otros. ¿Por qué? Porque la religión del fariseo se fundamenta en una seguridad viciada y se hace monólogo de uno mismo. Es una patología subjetiva envuelta en el celofán de lo religioso desde donde ve a Dios y a los otros como uno quiere verlos y no como son en verdad. En realidad solamente se está viendo a sí mismo. Esto es más frecuente de lo que pensamos. Por el contrario, el publicano tendrá un verdadero diálogo con Dios, un diálogo personal donde descubre su “necesidad” perentoria y donde Dios se deja descubrir desde lo mejor que ofrece al hombre. El fariseo, claramente, le está pasando factura a Dios. Esto es patente y esa es la razón de su religiosidad. El publicano, por el contrario, pide humildemente a Dios su factura para pagarla. El fariseo no quiere pagar factura porque considera que ya lo ha hecho con los “diezmos y primicias” y ayunos, precisamente lo que Dios no tiene en cuenta o no necesita. Eso se han inventado como sucedáneo de la verdadera religiosidad del corazón.

III.3. El fariseo, en vez de confrontarse con Dios y con él mismo, se confronta con el pecador; aquí hay un su vicio religioso radical. El pecador que está al fondo y no se atreve a levantar sus ojos, se confronta con Dios y consigo mismo y ahí está la explicación de por qué Jesús está más cerca de él que del fariseo. El pecador ha sabido entender a Dios como misericordia y como bondad. El fariseo, por el contrario, nunca ha entendido a Dios humana y rectamente. Éste extrae de su propia justicia la razón de su salvación y de su felicidad; el publicano solamente se fía del amor y de la misericordia de Dios. El fariseo, que no sabe encontrar a Dios, tampoco sabe encontrar a su prójimo porque nunca cambiará en sus juicios negativos sobre él. El publicano, por el contrario, no tiene nada contra el que se considera justo, porque ha encontrado en Dios muchas razones para pensar bien de todos. El fariseo ha hecho del vicio virtud; el publicano ha hecho de la religión una necesidad de curación verdadera. Solamente dice una oración, en muy pocas palabras: “ten piedad de mí porque soy un pecador”. La retahíla de cosas que el fariseo pronuncia en su plegaria han dejado su oración en un vacío y son el reflejo de una religión que no une con Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
Maestro y Doctor en Teología. Licenciado en Sagrada Escritura

Pautas para la homilía

El Señor es un Dios justo que no desoye a la viuda cuando repite su queja.

La primera lectura del Evangelio de esta semana enlaza con las lecturas que se proclamaron el domingo anterior. Vuelven a aparecer la figura del juez, dibujado por la exaltación de la virtud de la justicia divina, y de la viuda insistente que es finalmente escuchada. Dios juez y viuda desamparada son dos figuras típicas de la Biblia, quizás porque una

encarna uno de los atributos divinos por antonomasia y la otra el nivel más grande de desvalimiento para un israelita. Sin embargo es interesante ver en que ámbito semántico se mueve esta virtud de la justicia en la lectura de hoy. Ser justo en Dios se relaciona con la escucha y la atención. Dios escucha, atiende y hace justicia al pobre. Toda una lección para muchos hombres que no escuchamos, atendemos poco y hacemos parva justicia especialmente con los pobres.

"Ahora me aguarda la corona merecida con la que el Señor juez justo me premiará aquel día"

Las palabras de despedida de Pablo a Timoteo son uno de los testimonios de fe más conmovedores de sus epístolas. El apóstol con dos símiles muestra como ha entendido su vida en Cristo: ha combatido el combate y ha corrido hasta la meta. En definitiva ha luchado por lo que creía y ha recorrido un camino de fe duro y lleno de dificultades. Y lo importante es el final de todo ello, el poder recibir la corona del juez justo. En las guerras y competiciones sólo uno recibía la corona pero en la vida en Cristo son todos los que le siguen fielmente los que reciben la corona. Lo importante no es ya quién llega el primero sino saber el por qué de la carrera, el por quién corremos y a quien encontraremos en la meta. La meta no es un final sino un encuentro, una persona y una coronación; sobreabundancia de todas nuestras expectativas. Sólo así podemos entender como el apóstol finaliza su mensaje. Cuando el hombre va a morir por su amor al crucificado no mira su gloria sino la de Cristo. Cuando la gloria del hombre llega a su fin es cuando proclama la eternidad de la gloria de Dios. La gloria del hombre es así la alabanza eterna de Dios.

"Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido"

Jesús utiliza esta parábola para enseñar a todos los que le escuchan cuál es la oración grata a Dios, cuál es la oración que Dios escucha y por ello cuál la que consigue la justificación y la sanación del hombre. Jesús muestra estos dos personajes tan diversos y contrastados para hacer captar al oyente por sí sólo su enseñanza. Puede ser que en nuestra vida no nos encontremos con situaciones tan extremas pero sí que en muchos momentos seamos bastante parecidos al fariseo erguido y en demasiadas pocas ocasiones similares al publicano contrito.

La gran diferencia entre ambos es que uno no necesita más que a sí mismo y el otro sólo busca la misericordia de Dios. El fariseo repasa sus méritos, los describe, los numera y así se contempla a sí mismo intachable ante el creador. Puede hacerlo en el templo o en su casa sólo, el lugar sacro es lo de menos. Al no postrarse físicamente ante Dios deja claro que no necesita de su acción, que no ve su vida como necesitada de su misericordia. El publicano abre su vida a Dios, a su misericordia. No expone sus méritos sino que deja espacio a Dios para que actúe. Abre su vida vacía al creador para que se llene de su acción regeneradora. La gloria del fariseo es su vida presente mientras que la gloria del publicano es la futura por la acción de Dios. La acción de gracias del fariseo no deja de ser un ejercicio de autocomplacencia donde Dios no tiene espacio, mientras que la petición de misericordia del publicano es el silencio del hombre ante su creador que implora la eficacia de su perdón. La humillación del publicano deja a Dios ser Dios mientras que la soberbia del fariseo simplemente expresa su no necesidad de misericordia. Por ello la gloria de la justificación de Dios se hace eficaz en quien como la viuda lo pide y no puede hacerse presente en quien como el fariseo la ignora.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

XXX Domingo del tiempo ordinario - 23 de Octubre de 2016



El publicano y el fariseo

Lucas 18, 9-14

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás: - Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el décimo de todo lo que tengo. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquel no. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Explicación

Para hablar con Dios debemos hacerlo con sencillez. Eso quiere decir Jesús cuando cuenta esta historia a sus amigos : Dos hombres fueron al templo a orar. Uno de ellos se puso muy adelante y dijo : Te doy gracias Dios, porque no soy como los demás, ladrones, mentirosos y tramposos. Yo pago los impuestos religiosos y cumplo con la ley del ayuno. El otro, escondido en el fondo del templo, decía : Oh Dios, perdóname que soy un pecador !. El primero no fue escuchado. El segundo sí.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: Entre los que se acercaban a Jesús a escuchar sus enseñanzas, había gente de toda clase, de distinta religión, ricos y pobres; y Jesús oía toda clase de conversaciones.

Publicano: Vosotros los fariseos sois unos creídos. Os creéis más que los demás, porque habéis estudiado. Unos orgullosos... eso es lo que sois.

Fariseo: A vosotros sí que no os quiere nadie. Mucha envidia es lo que tenéis. Sí, envidia porque somos más listos que vosotros y más buenos. Vosotros sois malos y pecadores, y no se puede hablar con vosotros.

Narrador: Este era el tono, que amenazaba proximidad de tormenta. La cosa se iba poniendo muy seria. ¡Eh! amigos, escuchad... ¡Eh! escuchad. Creo amigos que os va a venir muy bien, pero que muy bien, lo que dice Jesús. Escuchad, por favor.

JESÚS: Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo.

Narrador: Los fariseos eran personas que se sabían de carretilla la Ley de Moisés, y presumían de cumplirla al pie de la letra.

JESÚS: El otro era un publicano.

Narrador: Los publicanos se encargaban de cobrar los impuestos, que exigía Roma. Por eso el pueblo no les tenía cariño, y los fariseos los despreciaban... Pero, oigamos lo que dice Jesús.

JESÚS: El fariseo, en pie, en medio del templo, oraba así: ¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros. Tampoco soy como ese publicano. Yo ayuno dos veces por semana y entrego al templo una parte de todo lo que gano, como manda la ley.

Narrador: El otro, el publicano, se había colocado en un rincón del templo, de rodillas, sin atreverse a levantar la cabeza. Escuchemos...

JESÚS: El publicano oraba así: ¡Dios mío!, ¡Dios mío! ten compasión de mi porque soy un pecador.

Narrador: Y Jesús dirigiéndose a todos los que le escuchaban, les dijo:

JESÚS: Os digo, que el publicano volvió a su casa estando a bien con Dios y el fariseo no. Porque todo el que se cree importante será humillado y el que se humilla será importante ante Dios.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández